

LA VIDA CONTEMPORÁNEA

SAN SEBASTIÁN

De algunos años á esta parte, la corriente de la emigración veraniega española hace un gigantesco remanso en San Sebastián; pero si vale la sinceridad, es preciso reconocer que ya el remanso disminuye y que la linda capital de Guipúzcoa ve palidecer su estrella.

Y es natural. Los precios se han remontado de tal suerte, que por una habitación del tamaño de un pañuelo en el tercer ó cuarto piso de un hotel, se piden con la mayor frescura cuatro y cinco duros diarios. Las diversiones de San Sebastián, que son muchas, van también en alto grado contra el bolsillo: el casino es un censo cotidiano de tres ó cuatro pesetas (esto sin dejarse tentar por los famosos *caballitos*, de que luego hablaré); las *cestas* de paseo valen la mitad más caras que los coches de punto de Madrid; las exigencias de la vanidad obligan á llevar gran surtido de ropa de todas clases, porque desde las diez de la mañana se emperejila la gente, y para el casino, las noches de cotillón, se exhiben lo que nuestros vecinos llaman *toilettes catapultuses*; el palco en los toros, que parece entero y resulta medio (ya diré en qué consiste este milagro), cuesta veinte duros como veinte soles; y así sucesivamente, no hay cosa que no se pague á peso de oro en San Sebastián.

A esto dicen los fondistas y demás naturales que cobran «que como la temporada ó *season* de San Sebastián es brevísima y hay quien la reduce á sólo la *gran semana*, en pocos días de agosto necesitan hacer su ídem, y sacar el jugo al capital invertido en edificio, mobiliario, servicio, etcétera.» Razón convincente para ellos, y no tanto para el veraneante. Alegan también que San Sebastián es corte y que está á dos pasos de Francia. ¿Y qué importa que San Sebastián sea corte, si por los gustos y hábitos de Su Majestad la reina y por las calamidades de la nación rarísima vez da la corte fiesta alguna, ni se ve á las personas reales sino cometiendo la indiscreción de ir á atisbarlas á la playa, mientras respiran el aire del mar, pues el baño se lo han prohibido los médicos? En cuanto á la proximidad de Francia, los trenes están organizados de tal manera y el doble registro es tan impertinente, que ir por recreo á Francia desde San Sebastián, sería un colmo. El viaje á Biarritz, que debería ser cuestión de hora y media, dura lo menos cuatro, y con la pensión insufrible de comer en la estación de Hendaya ó de Irún.

Si bien es verdad que en San Sebastián abundan las diversiones, para el veraneante que no esté muy relacionado é introducido en el gran mundo pueden hasta faltar, ó reducirse al sempiterno discurrir por el *Boulevard* y la Concha, donde como arcaduces de noria van y vienen los que pasean. La gente de la clase media, alegre y aficionada al *trato*, corre peligro de encontrarse aislada en San Sebastián. Los viajeros familiarmente llamados *de botijo* van prefiriendo pasar el calor en puntos donde la sociedad es limitada y franca, los goces iguales para todos, y donde todos, por consiguiente, se conocen, se hablan y fraternizan. Los risibles episodios de la comedia titulada *San Sebastián mártir*, ya no se reproducen, porque las bolsas chicas huyen de aquí; y como estas bolsas, chicas y todo, eran las que engordaban el caldo al pueblo de San Sebastián, he oído hablar varias veces de crisis y de bancarrota, y he observado desanimación en las calles, *truenos* en las compañías de teatro, soledad en los cafés, desaliento en los establecimientos comerciales y, según noticias de los que conocen á San Sebastián de antiguo, cierto vacío en el casino y en la misma playa.

El espectáculo que ésta ofrece es animado, aunque yo no sé cómo hay papanatas que se abonen á él, y se pasen la mañana entera en el balcón corredor de la *Perla*, inmensa caseta de baños, asistiendo los anteojos marinos á cuanta desgraciada señora entra en el salobre elemento. Y cuenta que lo de *desgraciada* no lo digo sólo porque es harta desdicha bañarse con tanto público, sino porque, en general y sin negar que habrá brillantes excepciones, no son las gracias lo que más abunda en las bañistas de la *Perla*. Mujeres que vestidas de calle parecen hermosas, dejan de serlo en cuanto se embuten la cabeza en el gorro de hule y las flautas en los pantalones y los pies en las alpargatas. Si fuesen coquetas las bañistas, se envolverían todas — como se envuelven muchas — en una capa de hule con capuchón, que las tapase por completo, y que resguardando la decencia, no exhibiese delgadeces y obesidades que el traje de baño exagera hasta la caricatura. Siempre me ha causado sorpresa ver que las señoras, que en la vida normal antes se dejarían matar que salir á la calle enseñando los brazos y luciendo las canillas, en tratándose de

baños de mar se lanzan á la exhibición, desdeñando hasta las leyes más elementales del recato y de la estética. Sólo la galería de curiosos impertinentes que las examina debiera molestarlas. ¡Y la salida del Océano! Estremecen aquellas ropas pegadas á la carne y chorreando, aquellos lívidos rostros, aquellos pelos pegados á la faz — el aparato del naufragio, en toda su tristeza.

Sin embargo, cuando el sol, ostentándose en un cielo sin nubes, reverbera sobre el azul intenso del agua; cuando la arena espeja y los montes que cierra la Concha parecen brillar también, el cuadro de la playa no cabe duda que es regocijado, hasta chillón. Las innumerables casetas, pintadas de blanco y verde; los tendedores con tanta trapería, tanto calzón, tanto taparrabos de rayas rojas y amarillas; los chiquillos elegantes, escotados y descalzos de pie y pierna, revolcándose en la arena ó avanzando juguetones para que la ola los atrape; los trajes claros y bonitos de las bañistas, los enormes sombreros de paja floridos como macetas, la nota fina y viva de las transparentes sombrillas de seda, de las blusas charras y de los metálicos cinturones, forma un conjunto muy alegre de colorido y al pronto entretenidísimo.

Apenas sopla la galerna y se entolda el cielo y el mar parece ceniza sucia, se rompió el encanto. Y estos cambios de tiempo repentinos son en San Sebastián muy frecuentes. De cada cuatro días llueve tres y truena uno; el galernazo sopla furioso, los relámpagos se suceden, las ventanas crujen, el viento terral abruma, ráfagas de boca de horno azotan la cara, y hasta que revienta la nube y vacía sus ollas sobre la tierra, no se puede respirar ni vivir. En San Sebastián existe una especie de superstición curiosa. Afirman, alegando pruebas, que el activo y complaciente empresario Arana tiene subvencionada la estación meteorológica del cielo, y que cuando anuncia una corrida de toros, aunque hayan caído chuzos toda la mañana, á la hora de la fiesta se aclaran las nubes y se contiene el aguacero. Al toque de muerte del último buey, caen las primeras gotas del nuevo chubasco.

Es justo decir que aun con este clima variable y revuelto es muy bonito el pueblo de San Sebastián. Limpio, llano, tirado á cordel, reedificado con lujo, pobladas de árboles sus anchas calles, lo hermean especialmente los soberbios edificios públicos, el palacio de la Diputación y los innumerables palacetes, quintas, *chalets*, pabellones, que hormiguean en sus cercanías. Si la gente modesta huye — y con razón — de tan cara ciudad, en cambio la *high life*, que se ha construido deliciosas residencias, veranea gustosa aquí, y forma sus círculos y tiene sus reuniones y sus meriendas con *tennis* y sus excursiones en *yacht* — de todo lo cual ni se entera el honrado vecino de la calle de Postas, que con ánimo de echar una cana al aire se hace unos días donostiarrá.

El casino es el mejor de España, tal vez el mejor de Francia, y de seguro uno de los mejores de Europa. En él, como en aguas neutrales, se encuentran y se reúnen las dos sociedades, la alta y la media; y los días de gran entrada, de corridas, cohetes, *zentsent-zusco* y cotillón, hasta aparece por allí, á guisa de cometa descarriado, la extranjera estrepitosamente vestida, más pintada que un coche, con los ojos alcoholados y las orejas adornadas por sospechosas y descomunales perlas. A diario, siempre se baila en el casino, y claro está que siempre se juega. Omitiendo otros recreos, hablaré sólo del de moda, los *caballitos*. Los considero una especie de ruleta, pero una ruleta adaptada, infantil, humorística. Consiste en una gran mesa clásicamente forrada de paño verde, y por la cual un mecanismo hace correr unos nueve ó diez caballos con sus jockeys, imitando los lances de una carrera hípica. Se aventura por aquel caballo ó por este, por el jockey azul ó el jockey encarnado, y según llegan á la meta es la ganancia. Este juguete tienta á las señoras y á los niños: la módica puesta de una peseta y el posible reintegro de ocho ó diez, ilusión; se juega sin sentir, y se puede perder en una noche, á la callada, bastante dinero. El argumento es que la banca gana siempre y puede embolsarse todos los días ochenta ó cien pesos — tal vez más.

San Sebastián ha servido de vehículo para que nuestros vecinos se aficionen de tal manera á nuestra fiesta nacional taurina, que curada Francia desde hace tiempo de su antigua manía de asonadas y revoluciones, vuelve á alborotarse ahora, sólo por los toritos á la usanza de España. Las corridas atraen un aluvión de franceses. No se oye el domingo sino francés por todas partes, y las mesitas de los *restaurants* al aire libre las tienen ellos embargadas. No se crea que vienen sólo de Bayona, San Juan de Luz, Biarritz, etc. En Burdeos he visto vender como pan billetes para los Veraguas del 25. Sólo con la venta del cambio, pues le pagan á razón de franco la

peseta en dinero francés, saca el empresario buen partido de esta afición reciente y decidida.

He dicho que en la plaza de San Sebastián lo que parece un palco resulta medio, y así es, y esta singularidad da lugar á incidentes curiosos. En otras plazas españolas, los palcos están comprendidos entre dos divisiones de tabla. En San Sebastián la división encierra dos órdenes de gradas separadas sólo por dos peldaños de una escalera sin balaustrada, y cada lado es un palco para la taquilla. Compra un forastero de distinción — el rey de Servia, por ejemplo — un palco, cree estar solo ó con su alta servidumbre, y está en familia con Perico de los Palotes, personaje español muy clásico y confiado.

Unas tertulias características de San Sebastián son las que se forman en las terrazas de las fondas de la Concha. Huyendo del olor á comida y del ahogo de los locutores públicos, salen las señoras á respirar en las terrazas, absorbiendo el aire del mar y curioseando á la gente que pasea. Las terrazas son el mentidero social y político de San Sebastián. En la de Romero Robledo es diaria la tertulia.

En pocas palabras se resume el problema de San Sebastián. El pueblo es caro porque la gente va poco tiempo, y la gente va poco tiempo porque el pueblo es caro. Se avendrá á la razón, forzosamente, el pueblo, si no quiere sucumbir ante la mortal competencia que le hacen otras playas donde la vida es más rústica, más natural, menos remedadora de la de Madrid, y sobre todo, más barata, gran mérito en estos tiempos de penuria y de lucha económica. Lo deseo por esa que los periódicos llaman *la bella Easo*, y que por la laboriosidad y honradez de sus moradores es digna de mejor fortuna de la que al parecer se le prepara en no remota fecha.

EMILIA PARDO BAZÁN

Más co-
servando
crático de
blecillo de
veraneo
capital de
No es
á la emp-
palacio y
oh vicisit-
y el segu-
Ayuntam-
playas de
nen fama-
trar por n-
lo que no
de Biarritz
sublime.
oleaje; in-
do por fr-
tural de r-
chado la
hundidos
ensenada
sillas galá-
se baña l-
purchic...
pañol con
personalid-
puso de r-
Aunque
mayó Bia-

extranjero
pañoles; e-
el invierno
das — que
á España
gemelos
esos gorro-
se destina-
rojo y gu-
dado de l-
estoque d-
á un fran-
productos
zús un bu-
ña aparec-

Antes l-
contraban-
ñoras iban
y á gozar
en la fron-
gemas de
habilidad
ponía en
entrada d-
próxima e-
la suerte
gracia de
de ellas tr-
nas cruza-
que men-
Worth ó
misma su-
llega á M-
— puro, r-
cuartas p-
las modis-
bien — tar-
proceden-

Tiene
prohibido
ble. Es p-
de mil tre-
las faldas
demostr-
locan gol-
los somb-
picadura;
el piso, y
les quita l-
zas de nu-
gunta que
apurada p-
contraban-
género, e-